

Sin embargo, la memoria de aquel grotesco histrión, que no hizo nada grande en paz ni en guerra para compensar tantos vicios y crímenes, no pereció con él. Como no fué públicamente ejecutado, hubieron de creer algunos que no había muerto y no faltaron impostores que tomaran luego su nombre. El año 69 un esclavo que se le asemejaba, se hizo pasar por él en Citnos y puso en conmoción el Asia y la Grecia. Otro apareció en tiempo de Tito; y «veinte años después, dice Suetonio, siendo yo joven, se presentó otro supuesto Nerón, que los partos acogieron y no nos entregaron sino con muchas dificultades.» En Roma misma, todos los años por la primavera y el 9 de junio, se cubría de flores y coronas su sepulcro;

## CAPÍTULO LXXVI

TRES EMPERADORES EN DIEZ Y OCHO MESES (JUNIO 68—DIC. 69).

### I. — GALBA.

Tiberio había puesto el gobierno bajo la protección de los pretorianos, y frente de una familia imperial, impotente para perpetuarse, de una aristocracia exhausta de sangre y aun de valor, y de un populacho formado de los desechos del universo mundo, los soldados sintieron muy luego su fuerza. Seyano les había dado el medio de contarse y entenderse, estableciéndolos á las puertas de la ciudad, en un campamento que valía por una fortaleza, desde donde podían arrostrar todas las iras de un pueblo inerme y mantener al senado bajo el amago de la espada. Ya habían vendido el imperio á Claudio y esperaban vendérselo aún á Galba; pero los inútiles soldados del pretorio no podían tener la pretensión de conservar para sí solos un privilegio tan lucrativo. Las legiones habían aceptado al elegido de los pretorianos, mientras había sido un César; extinguida esta familia, cada ejército pensó naturalmente en su jefe para hacer de él un emperador, y con esto, volvió á empezar la era de las revoluciones: los diez y ocho meses que siguieron á la muerte de Nerón no tuvieron nada que envidiar á los peores tiempos de la república: *annum rei-publicae prope supremum*.

Servio Sulpicio Galba había nacido cerca de Terracina tres años antes de nuestra era, y pertenecía á una de las más nobles familias de Roma, como que descendía del mismo Júpiter; á lo menos, así lo afirmaba él en el cuadro genealógico que hizo exponer en medio del vestíbulo del palacio. También se leía en él que su madre descendía de Pasífae, hija del Sol y esposa bestial de quien corrían obsenas é inmundas historias; pero lo importante para los romanos era venir de lejos. Su abuelo había tenido aficiones literarias. ¿Sería él quien quiso poseer la bella estatua de Sófoles, que en nuestros días se ha encontrado en Terracina?

Galba había sido gobernador de la Aquitania y de la alta Germania y después procónsul de Africa. La pacificación de esta última provincia le valió las insignias triunfales y muchos sacerdocios, habiéndose mantenido luego en el retiro hasta el promediar del reinado de Nerón.

Hacia el año 60, lo envió este príncipe á la Tarracense que gobernó por espacio de ocho años, siendo al

(1) Citnos, donde apareció el primero de los supuestos Nerones, no está lejos de Patmos. San Juan escribía entonces (69) en esta última isla el Apocalipsis. Véase el curioso estudio de Renán, *l'Apocalypse*, donde el eminente escritor no parece tener, por otra parte, mucha indulgencia con Nerón.

en la tribuna de las arengas se ponía furtivamente su imagen y se fijaban edictos en que anunciaba Nerón su próxima vuelta y sus venganzas; popularidad insana, como la de Catilina, por la cual no debe la historia dejarse seducir.

Todavía más extraña fué la idea que el Apocalipsis, compuesto poco tiempo después de su muerte, divulgó en la Iglesia: Nerón debía reaparecer al fin del mundo para ser el Antecristo (1). En el siglo XI, la imaginación de los habitantes de Roma estaba aún atormentada por el fantasma del primer perseguidor de los cristianos: creían que su espíritu vagaba por los alrededores de Monte Pincio y fué preciso construir allí la iglesia de *Santa Maria del Popolo*, para desvanecer tales terrores.

principio allí, como en otras partes, vigilante y severo, más que severo, duro. Así ordenó cortar las manos á un camista infiel y clavarlas en su mostrador; condenó también á muerte de cruz á un tutor, que había envenenado á su pupilo para apropiarse sus bienes, y como invocara el culpable los derechos del ciudadano romano, le hizo poner una



Sófoles, estatua encontrada en Terracina (Museo profano de Letrán)

cruz distinguida pintada de blanco y mayor que las demás.

Pero el temor de inspirar celos ó recelos á Nerón, hubo luego de templar su rigorosa actividad. «Más vale la inacción, decía; á quien no hace nada no se le pueden pedir cuentas.» Sin embargo, cuando vió que Nerón se perdía,

se esforzó en hacerse popular, y las cartas de Vindice lo encontraron decidido. El 2 de abril del 68 subió á su tribunal, en el que había hecho poner de antemano las imágenes de las víctimas inmoladas al furor del tirano, y un niño, hijo de un proscrito, á quien había llamado de las Baleares. Allí refirió á sus tropas reunidas los crímenes de Nerón y las calamidades de su reinado, y fué interrumpido por las aclamaciones de los soldados, que lo saludaron como emperador.

Galba tenía á la sazón sesenta y cinco años y padecía mucho además de la gota; lo que era ponerse bien tarde y mal en camino para tan rudo y peligroso viaje. Pero aquellos romanos, incrédulos en todo, eran por demás supersticiosos, porque no la razón, sino el desprecio mataba en ellos la fe en sus dioses. Los antiguos huéspedes del Olimpo lo habían abandonado para dejar su mansión á una divinidad inexorable, al Destino, que revelaba su voluntad por medio de presagios, y mil presagios habían anunciado á Galba una brillante fortuna: la esperó cincuenta años y la hubiera esperado más aún.

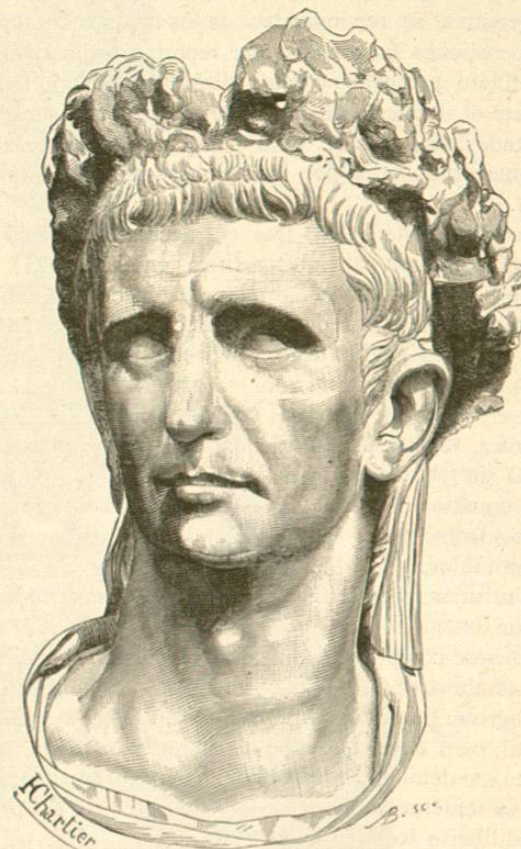
Sin embargo, cuando supo el suicidio de Vindice, se creyó perdido y estuvo por seguirlo; pero sus amigos evitaron su muerte. Muy luego su liberto Icelo, que llegó de Roma en siete días, le participó que Nerón había muerto y que el senado había reconocido la elección hecha por la legión de España. Todos estaban de acuerdo en aceptar á un viejo valetudinario que no podía vivir mucho tiempo y á quien cada uno esperaba heredar.

Durante las saturnales del último reinado había fermentado sordamente la idea de una restauración republicana, y los senadores se habían adherido desde luego y de buen grado á un proyecto que les devolvía el poder que habían perdido. La muerte de Nerón robusteció más y más sus esperanzas, y se hizo circular una medalla de Bruto con la famosa leyenda: *Libertas P. R. restituta*. No era más que una advertencia, un aviso amenazador: la reivindicación del derecho que Augusto les había quitado, de acuñar moneda de oro y plata, era cosa más seria: sus monedas no llevaban el nombre ni la efigie de Galba, á quien, al parecer, querían reducir á la condición de un simple cabo de ejército. Galba alentó al principio estas esperanzas declarando que no era más que el lugarteniente del senado y del pueblo romano: en las monedas que de paso hizo acuñar en España y en Galia no puso más que su efigie, ni tomó el nombre de Augusto ni más título que el antiguo republicano de *imperator*. La incertidumbre en que estaba sobre la disposición de los ejércitos le imponía esta reserva. Pero intimidados por los pretorianos los senadores, se contentaron con su inocente manifestación monetaria, y sin exigir más garantías, enviaron á Narbona su juramento de fidelidad. Al mismo tiempo supo Galba que Verginio se obstinaba en rechazar el imperio, que nadie se lo ofrecía á Fonteyo Cápite, y que el ejército de Germania, después de alguna vacilación, había jurado obediencia al elegido de las legiones de España. Entonces tomó el título de César y obró como emperador. El sueño de una restauración republicana no había durado más que lo que duran los sueños.

Antes de salir de su provincia, había mandado Galba que se diera muerte á los procuradores de Nerón, sin perdonar á sus mujeres ni á sus hijos, y castigó á algunos pueblos cuya sumisión se hacía esperar demasiado. En las Galias dió á todos los aliados de Vindice el derecho de ciudadanía y les condonó una cuarta parte del tributo; pero las ciudades que se habían mostrado hostiles ó poco solícitas, como las de Bélgica, hubieron de salir muy mal libradas, como quiera que las privó de parte de su territo-

rio, les impuso nuevos tributos ó les arrasó las murallas. Reims, Tréveris y Langres fueron las más castigadas; confiscó las rentas de Lyon, y colmó de favores á Viena; castigos y recompensas igualmente desacertadas, por cuanto creaban dos facciones en la Galia, haciendo vencedores y vencidos. Galba se hacía el hombre de un partido en lugar de presentarse y permanecer como el elegido del imperio, encumbrado al poder por la reprobación universal contra Nerón.

En Roma gobernaba en nombre del nuevo príncipe, Ninfidio, prefecto del pretorio, personaje que había tenido parte muy principal en la caída de Nerón. Con este merecimiento, esperaba que, reconocido Galba, le dejaría su cargo y el



Galba coronado (1)

poder; y aun tenía miras más altas, llamándose hijo de Calígula aunque probablemente hijo de algún gladiador, y soñaba en el imperio, mal que pesara á sus amigos que le decían: «Pero ¿quién se resignaría en Roma á llamarte César?» Cuando vió que Galba daba el mando de los pretorianos á Cornelio Laco, intentó sublevarlos y los mismos soldados lo mataron.

Galba hizo buscar activamente á todos sus cómplices, y verdaderos ó supuestos, á todos los mandó ejecutar sin forma de juicio, entre ellos, á un cónsul designado, á un consular y á Mitridates, el antiguo rey del Ponto. Cuando se acercaba á la ciudad, á fines de diciembre, los soldados de marina salieron á su encuentro y solicitaron de él que les confirmara el título de legión que Nerón les había dado: Galba rechazó la pretensión, y como reclamaran con energía su águila y sus estandartes, mandó darles una carga de caballería, y luego de rendidos, todavía los diezmo (2).

(1) Es á lo menos dudoso que sea de Galba este busto que se conserva en el museo de Nápoles, núm. 55.

(2) Sin embargo, hizo más tarde de los soldados de marina la legión llamada 1.ª Adjutrix. Se conserva un diploma militar concedido por él á 22 de diciembre del 68, en favor de veteranos de esta legión



La reacción tomó rápidamente el giro de una persecución contra los amigos de Nerón. Galba envió al suplicio á sus libertos y á la famosa envenenadora Locusta, llamó á todos los desterrados y autorizó los procedimientos contra los delatores. Era justo y se aplaudió; pero revocó las liberalidades hechas por el último príncipe, que no ascendían á menos de dos mil doscientos millones de sestericios (unos 540 millones de francos) y encargó de la restitución á treinta caballeros en Roma y en todo el imperio. Los helanódicos de Olimpia fueron condenados á devolver 250,000 dracmas; la pitonisa de Delfos, 100,000; con lo cual vino á ser mayor entre los griegos la popularidad de Nerón. Sólo se dejaba al donatario una décima parte de lo que había recibido; y si algunos histriones ó atletas habían vendido ya sus presentes, se reivindicaban de los mismos compradores; operaciones financieras que reportan ordinariamente poco dinero y muchos odios y disgustos. Rebajó temporalmente el impuesto de la cuarentena sobre los objetos importados; mas para la corte y el populacho, este alivio momentáneo no valía por las fastuosas prodigalidades de Nerón.

La economía de Galba, que era necesaria, pareció sordida, y le cantaron canciones satíricas en el teatro (1). Los notables, entre los cuales figuraban los jueces, solicitaron de él que añadiera una decuria á las cinco existentes para aliviar á éstas: Galba lo negó, y suprimió las vacaciones de invierno y de primeros de año.

El ejército no mereció más consideraciones. La guardia germánica, famosa por su fidelidad á los emperadores, fué disuelta sin recompensa; y á los pretorianos que reclamaban el donativo ofrecido por Ninfidio, les contestó: «Yo alisto soldados; no los compro (2).» Muchos tribunos fueron destituidos, y también hubo destituciones en las cohortes urbanas y entre los guardias nocturnos: todos se sintieron amenazados.

Hubiérase comprendido un gobierno austero sucediendo á una administración pródiga y dilapidadora. Esta política era peligrosa: practicada con firmeza y discreción, hubiera sido útil; pero aquel príncipe tan tirante y rígido, tenía también sus debilidades. Tres hombres lo manejaban: Tito Vinio, su teniente en España; Laco, su prefecto del pretorio, y el liberto Icelo. Y se les veía

*Tous trois à l'envi s'empresser ardemment  
A qui dévorerait ce règne d'un moment (3).*

Galba les dejaba vender los destinos y los favores y todo estaba á precio de oro, la recaudación de los impuestos, los privilegios, las gracias, los suplicios. Toda la ciudad pedía la muerte del infame Tigelino, el principal consejero de Nerón; pero Tigelino había comprado la protección de

(Borghesi, *Obras*, IV, 204 y sig. Véase también el *Ordinamento della armate romane*, del erudito Ferrero).

(1) Suetonio refiere (*Galba*, 12) que, habiéndole ofrecido Tarragona una corona de oro de 15 libras, la hizo al punto fundir y reclamó tres onzas que tenía de menos la barra. Un músico famoso fué á tocar la flauta á palacio durante una cena. Galba le dió cinco denarios (5 francos) advirtiéndole que se los daba de su bolsillo, no del erario público. Verdad es que Plutarco dice que las monedas eran de oro: entonces equivaldrían á 125 francos.

(2) La cantidad que por sus miras particulares ofreció Ninfidio á los soldados fué de 7,500 dracmas por plaza á las cohortes pretorianas y urbanas y 1,250 á cada uno de los legionarios de las veintiocho legiones (Plutarco, *Galba*, 2). Esta largueza hubiera costado al tesoro nada menos que trescientos ó cuatrocientos millones de denarios, ó digamos francos.

(3) Corneille, *Olhon*, acto I, esc. I.

Vinio. Galba reprendió al pueblo, que poco generoso quería la sangre de un hombre, á quien muy pronto mataría su enfermedad. Al mismo tiempo que el pueblo leía el compasivo y piadoso edicto de Galba, daba Tigelino una brillante fiesta en su casa en celebridad del casamiento de su hija con Vinio.

En apariencia todo venía á pedir de boca para el viejo emperador. Dos competidores, Fonteyo Cábito en la baja Germania, y Clodio Macer en Africa, habían caído á manos de los asesinos; Vespasiano le enviaba su juramento y el de Mucio, gobernador de la Siria; su hijo Tito, que era el portador, había llegado ya á Corinto y estas umisión hacía ya inútil la obra de los sicarios que Galba había despachado á la provincia. Verginio, culpable de haber merecido el imperio y de haberlo dado, fué atraído á Roma (4). La Galia y España le eran afectas; las legiones de Iliria llamadas á Italia por Nerón, habían vuelto á sus campamentos; las de la alta Germania, que no habían recibido recompensa por su campaña contra Vindice, eran las únicas que estaban descontentas.

Los diputados de las ciudades belgas maltratadas por Galba acudían á los campamentos en luctuoso traje, y recordando á los soldados sus servicios desconocidos, los excitaban á vengar á la vez las injurias de media Galia y la humillación de sus águilas; y cuando supieron que en Roma tenían también motivos de queja los pretorianos, que el pueblo echaba de menos á Nerón, y que el senado no era devoto del nuevo príncipe, le negaron resueltamente la obediencia. En las calendas de enero del 69 no prestaron juramento de fidelidad más que al senado, y sus mensajeros secretos vinieron á decir á los pretorianos: «No queremos emperador elegido en España; haced vosotros mismos una elección que puedan aprobar todos los ejércitos.»

Esta defección precipitó la resolución ya tomada por Galba de instituir un heredero. Vacilaba entre Otón, que desde el principio se había asociado á su fortuna, y Pisón, á quien desde larga fecha había nombrado por testamento heredero de sus bienes y de su nombre. Se reprochaba al primero su mocedad disoluta y tempestuosa; pero acaso la edad y la desgracia lo habían morigerado: él se había granjeado estimación y respeto en su provincia. Por otra parte, acababa de arruinarse por Galba, y sólo el imperio podía restablecer su hacienda: á la sazón debía cinco millones de dracmas Pisón afectaba austeridad, y por esto, sobre todo, fué del agrado del príncipe. Galba eligió pues á Pisón (12 enero 69).

Esta elección de un joven adusto y fosco era un reto lanzado á aquella sociedad, muy bien hallada con sus vicios para querer un Catón en el trono. Otón y los pretorianos aceptaron el reto. Al presentarles á Pisón, había estado Galba imperioso, seco. Fué á hacerles saber, les dijo *plus minusve*, que siguiendo el ejemplo de Augusto, había tomado un hijo de adopción, y que había elegido á Pisón á la manera que en la guerra se asocia un valiente á otro; que la 4.<sup>a</sup> y la 22.<sup>a</sup> legión se habían sublevado, pero que muy en breve les haría entrar en orden.

Así pues se les presentaba un nuevo emperador; se les anunciaba una guerra civil y por segunda vez olvidaba el príncipe el donativo prometido. «La verdad es, dice Tácito, que la menor largueza hubiera retenido á los soldados en

(4) Vivió treinta años más y murió en el reinado de Nerva, rodeado de la estimación pública. Tácito, entonces cónsul, hizo su oración fúnebre, y Plinio el Joven ha conservado su epitafio:

*Hic situs est Rufus pulso qui Vindice quondam  
Imperium adseruit non sibi sed patrie.*

el deber; se perdió por esa severidad antigua y por un rigor excesivo para nuestras costumbres.»

Dos soldados, Próculo y Veturio, los dos oficiales subalternos, acometieron la empresa de transferir el imperio y lograron su empeño. Recibieron, al efecto, las confidencias de Otón, sus consejos y dinero, pues desde su llegada á Roma, había trabajado las cohortes pretorianas y las tropas

reunidas entonces en la ciudad, en mayor número que nunca estuvieran: la legión que vino de España con Galba, los auxiliares y los cuerpos sacados por Nerón de Bretaña, de las orillas del Rin y del Danubio con la mira de su expedición al Caspio ó que había llamado á Roma contra Vindice. Eran grandes medios para el gobierno, si hubiera sido previsor; para una revolución, si se dejaban estos soldados



Galba. (Busto del Capitolio, sala de Emperadores, núm. 18)

en la inacción calculando en los ocios de la capital las ventajas de un movimiento sedicioso. Conocían por experiencia propia la liberalidad de Otón, el cual siempre que tenía á su mesa al emperador hacía distribuir á la cohorte de guardia 100 sestericios por plaza, para que les sirviera de ración, según decía; y á estas larguezas públicas, aun añadía otras secretas. Un día supo que un pretoriano sostenía una cuestión sobre los lindes de un campo con el propietario del campo contiguo: Otón compró el campo entero y se lo regaló.

Con esta largueza, que los soldados comparaban con la tacañería del emperador, muy luego tuvo Otón un partido. La noche del cuarto día, que siguió á la adopción de Pisón, habría sido proclamado, si no hubiera temido el tu-

multo y los errores de la noche. El día siguiente su liberto Onomasto reunió algunos soldados, y después fué á buscarlo cerca de Galba, que estaba sacrificando en el templo de Apolo, cuyo arúspice le anunciaba, por cierto, un próximo peligro.

Otón se despidió de Galba con pretexto de acudir á una cita de sus arquitectos, que habían de reedificar una casa vieja cuya propiedad había adquirido, y encontró en el miliario de oro unas dos docenas de soldados que lo saludaron como emperador y sacando sus espadas se lo llevaron á su campamento. El tribuno de guardia, intimidado ó cómplice, dejó pasar este puñado de hombres: sus camaradas acudieron, todos aplaudieron lo hecho y he aquí ya á Otón dueño del mundo romano.



Entretanto Galba, ocupado en sus sacrificios, fatigaba con sus ruegos á los dioses de un imperio que ya no le pertenecía. Cuando la nueva delo que pasaba llegó al palacio, arengó Pisón á la cohorte de guardia, que al parecer hubo de escucharlo; pero las demás tropas rechazaron hostilmente á los mensajeros que les enviaron, y la legión de los soldados de marina se pasó al campo de los pretorianos, quedando sólo fiel una cohorte germana.

Pero momentáneamente corre la noticia de que ha muerto Otón, y los senadores y caballeros, poco antes temerosos y mudos, acuden cerca de Galba, le ofrecen sus servicios, deploran que se haya arrebatado á su justicia un gran culpable y deciden al emperador á salir de palacio, donde se disponía á hacerse fuerte y defenderse.

En efecto, Galba tomó una litera y avanzó por en medio de las oleadas del pueblo que asistía á esta tragedia de aun



Otón (Busto del Vaticano, sala de Bustos, núm. 286)

imprevisto desenlace, y avanzaba inquieto y «silencioso como en las grandes iras ó en los grandes terrores.»

Luego se presentó un soldado con la espada ensangrentada y jactándose de haber degollado á Otón. «¿Quién te ha dado semejante orden?» le preguntó en son de enojo el severo anciano.

Pero Otón no había muerto: los pretorianos lo habían puesto entre las águilas, en el mismo tribunal, de donde precipitaron abajo la dorada estatua de Galba, y la rodeaban protegiendo su vida sin permitir que se le acercara ningún tribuno ni centurión. A medida que llegaba un soldado, se apoderaban de él, lo abrazaban, lo conducían á los estandartes y le dictaban la fórmula del juramento, recomendando alternativamente los soldados al emperador y el emperador á los soldados. Otón por su parte, tendía las manos hacia la multitud y le enviaba ósculos, y añade Tácito: *omnia serviliter pro dominatione*, todas las bajezas por el poder; palabras profundas y siempre verdaderas.

Cuando la concurrencia fué bastante numerosa, tomó Otón la palabra y habló: el fondo de su arenga fué que no conservaría el poder sino mientras ellos quisieran dejárselo. Después abrió los depósitos de armas y aquella multitud salió tumultuosamente del campamento.

Luego que la cohorte que precedía á Galba la descubrió, el porta-estandarte arrancó la imagen del emperador y la arrojó al suelo, siendo esta la señal de la defección. Algunos dardos lanzados al aire dispersaron rápidamente la multitud, quedando el Foro desierto en un instante; y cargados entonces por algunos jinetes los que llevaban á Galba, dejaron caer la litera y rodó por tierra el emperador.

Se le ha hecho hablar diversamente en el momento de su muerte: según unos hubo de preguntar con voz suplicante qué mal había hecho, y prometió pagar el donativo dentro de algunos días; según otros, el mayor número, presentó con valor la cabeza á los asesinos exhortándolos á herir, si era en bien de la república.

Un soldado le hundió la espada en la garganta, y los demás cayeron sobre el cadáver y lo despedazaron.

Tácito lo pinta en pocas palabras: «Superior á la condición privada, mientras permaneció en ella, y á juicio de todos, digno del imperio, si no hubiera sido emperador.»

Pisón se salvó de los primeros furores de los asaltantes por la abnegación de un centurión que se interpuso atrayendo sobre sí las iras y los golpes, y se escondió en el templo de Vesta, donde muy pronto dieron con él y lo asesinaron, habiendo caído Vinio antes que él á manos de otros asesinos. Las tres cabezas clavadas en sendas lanzas y llevadas triunfalmente entre los estandartes de las cohortes y el águila de la legión fueron paseadas por toda Roma (15 enero 69). Más tarde, hubo de encontrar Vitelio los memoriales de ciento veinte individuos que reclamaban el precio de la sangre y los hizo morir á todos (1).

Pisón había sido cuatro días emperador y Galba siete meses, Otón reinará ochenta y ocho días.

## II. — Otón.

Otón que descendía de una antiquísima familia etrusca de Ferentino, llegaba al imperio con mala fama. El populacho creía encontrar en él á Nerón y lo saludaba con el nombre de este mismo príncipe. Dejó que se levantaran sus derribadas estatuas, restableció en sus cargos á sus mayordomos ó administradores y destinó cincuenta millones de sestercios para acabar la fastuosa Casa de oro. Puesto que había dado muerte á Galba, parecía una necesidad en él honrar la memoria de aquel á quien vengara al parecer. En Lusitania se había conducido con moderación por espacio de diez años; y en Roma fueron loables sus primeros actos. Dejó que los pretorianos eligieran sus prefectos y dieran á Sabino, hermano de Vespasiano, la prefectura de Roma, es decir que pusieran la mano en el gobierno civil; pero contuvo su ardoroso afán de sangre y pillaje, sin abandonarles más que los tres favoritos ó ministros de su predecesor. Quisieron á todo trance dar muerte á Mario Celso, cónsul designado y uno de los más celosos partidarios de Galba, y Otón, para salvarlo, aparentó grande enojo contra él haciéndolo cargar de cadenas, pero algunos días después, le dió un mando importante y lo puso en el número de sus mejores amigos.

Los soldados exigían la supresión de los derechos que pagaban por las licencias á los centuriones: Otón los conservó, pero los relevó de este gravamen cargándolo al fisco. «Temperamento prudente, dice Tácito, que conservaron los buenos príncipes.» En el senado habían hablado muchos contra él; pero Otón lo olvidó todo al parecer: sólo

(1) Tácito, *Hist.* I, 41. Cf. Suetonio y Plutarco, *Vida de Galba*. Dion (LXIV, 6) dice que perecieron muchos con Galba, πολλοὶ συγχύθη. No nos parece probable.

concedió al odio público la condenación de Tigelino, que murió cobardemente.

No tuvo tiempo de hacer más, porque ya tenía un competidor. Después de la muerte de Fonteyo Cábito, había enviado Galba á las legiones de la baja Germania un nuevo general, poco ó nada recomendable, Vitelio. Era de familia oscura, lo cual no obstó para que los genealogistas lo hicieran descender de Fauno, rey de los aborígenes, y de una deidad sabina de nombre Vitelia. Ello es cierto que de sus ascendientes no se conocía arriba de su abuelo, caballero romano de Nuceria y procurador de Augusto; pero su padre había sido censor, y en tiempo de Claudio fué hombre de cuenta y vivió en son de personaje.

En cuanto al hijo, criado en Capri, cerca de Tiberio, y favorito de Cayo Calígula, no había estrenado sus armas en cosa de guerra; y de los dos grandes empleos que debiera á tan valiosos arrimos, el proconsulado de Africa y la intendencia de obras públicas, salió bien mancillado, sino del primero, del segundo de estos cargos, pues según decían hasta había sustraído las ofrendas de los templos de Roma poniendo viles metales donde los había preciosos.

Con eso y todo, no llegó á restablecer su hacienda malrotada por sus vicios y desórdenes. Suetonio dice de él que envenenó á su propio hijo por la codicia de heredarlo. Sus acreedores lo seguían y perseguían por todas partes, sin dejarlo á sol ni á sombra, y como el mismo Otón, no tenía más refugio que el imperio. Vinio, cuyo valimiento se había granjeado favoreciendo en el Circo la facción de los llamados *azules*, hubo de proponerlo al príncipe para el mando de las inquietas legiones de la baja Germania; y sus formas populacheras, sus prodigalidades, y sobre todo el olvido de todas las reglas de la disciplina y del mando, muy presto le valieron el favor de los soldados.

Hemos visto, sin embargo, que por las antiguas legiones de Verginio comenzó el gran movimiento, pero que no proclamaron ellas emperador. No es que fueran republicanas, no: bien habían probado en la jornada de *Vesontio* que les tenía cuenta conservar al frente del gobierno un caudillo militar, que por muchas razones halagaba más al ejército que una asamblea de viejos políticos. Pero en su campo no tenían un jefe á cuyos hombros pudieran arrojar la púrpura. Su comandante Hordeonio era un viejo, que tenía harto que hacer con su gota, y esperando que apareciera un caudillo hábil, negaban su obediencia al otro viejo del Palatino, que les parecía no ser emperador sino del senado.

El legado de una de las legiones de la baja Germania, Valente, había dado muerte á Cábito, acaso para quitarse de delante un peligroso testigo de las malogradas intrigas. Creíase mal recompensado de este servicio y excitaba á Vitelio á aprovechar la ocasión que se le ofrecía. El general arruinado vaciló al principio, pero no después cuando supo que las legiones acantonadas en Maguncia habían roto las imágenes de Galba. «Es preciso, dijo á sus soldados, ó marchar en son de guerra contra nuestros camaradas, ó elegir otro príncipe.»

Valente contestó proclamando á Vitelio emperador; y otro legado, á quien Galba perseguía por exacciones fraudulentas, Cecina, arrastró fácilmente al ejército de la alta Germania á reconocer esta elección. El de Breña siguió este ejemplo, imitado luego por la 1.<sup>a</sup> Itálica acampada en Lyon. Eran en total once legiones, más de una tercera parte de las fuerzas del imperio, y precisamente las más aguerridas y famosas las tropas que se sublevaban.

Dejóse á los soldados más viejos (*senes*) y á los auxiliares en los campamentos para que no se dijera que se aban-

donaba la frontera á los bárbaros, y de la masa de tropas activas se hicieron tres ejércitos: uno de cuarenta mil hombres, al mando de Valente, partió para entrar en Italia por los Alpes Cotianos; otro de treinta mil, mandado por Cecina, se propuso franquear los Alpes Peninos, y Vitelio debía seguirlos con el resto de la fuerza.

Los germanos y los belgas se aprestaron de buen grado á suministrar auxiliares, y Colonia, Langres y Tréveris ofrecieron hombres, caballos, armas y dinero. El ardimiento era general, como si la Galia Bélgica fuera á recobrar su libertad; y el mismo entusiasmo alentaba á los soldados, que para proveer la caja militar allegaban sus pagas y armas de lujo, y querían partir, á pesar del invierno, y pasar las montañas rompiendo los hielos. ¡Parecía Italia tan rica!... Ella era el botín prometido, y de paso se entraría la Galia á saco.

Y en marcha estaban ya los ejércitos, cuando se supo el advenimiento de Otón. Sublevados contra Galba, con-



Galba laureado (1)

tinuaron adelante en son de guerra contra su sucesor. ¿Qué importaba el motivo de la guerra? Lo que se quería era la guerra misma. Los dos príncipes cambiaron al principio palabras de paz, después cruzaron amenazas y acabaron por enviarse asesinos mutuamente.

Otón, dueño de Italia y de Africa y reconocido por las legiones de Oriente y del Ilírico, gobernaba á Roma como en plena paz, y sin violencia, preparándose á la vez para la guerra con la mayor actividad. Confirmaba en sus cargos á los que habían tenido el favor de Nerón y de Galba, devolvía sus honores á los desterrados, dejaba en su puesto á L. Vitelio, hermano de su rival, y se limitaba á relegar á Aquino Cornelio Dolabela, considerado por muchos como un pretendiente ó aspirante al imperio. Para granjearse la buena voluntad de las provincias compartía el consulado entre Verginio y Vopisco, noble vienés; daba el derecho *civitatis* á los lingones; nuevos colonos á Híspalis y Emérita, privilegios al Africa y á Capadocia, y extendía en fin á la Mauritania la jurisdicción de la Bética, lo que era un castigo para la una y un honor para la otra. Hasta podía preciarse de una victoria sobre los enemigos del Estado: nueve mil jinetes roxolanos que habían invadido la Mesia, habían sido exterminados sin quedar uno á vida, y acababa

(1) Piedra grabada del Gabinete de Francia, núm. 2086. Sardónica de tres capas de 29 milim. por 22.